

# Mutur Beltz, una retroalimentación de arte, tradición pastoril y un patrimonio ganadero en riesgo de extinción

Texto: Pilar Virtudes / Fotografías: Mutur Beltz



“Un proyecto de vida que surge cuando Joseba y yo nos conocemos y juntamos nuestras pasiones”. Esta es la definición que Laurita Siles hace de Mutur Beltz, un espacio “mágico” en el Valle de Carranza (Bizkaia) en el que generar sinergias entre arte y la tradición pastoril de esta zona, que recupera tradiciones y transita por una creación, artística y artesana, que lo mismo lleva la lana de oveja a una mesa de alta cocina que a un partido de pelota vasca. Indefinible, inabarcable.

Es difícil definir [Mutur Beltz](#). Puede ser un proyecto para darle uso a la lana de la oveja carranzana, raza autóctona en peligro de extinción que forma parte del patrimonio ganadero vasco. También es un espacio cultural que se nutre de la tradición y de la modernidad; un proyecto de creación textil que nos retrotrae a cuentos con ruecas y husos mágicos. O un grupo de pensamiento y reflexión que se materializa en publicaciones y exposiciones. Todo eso y más es esta realidad que no hubiera sido si no se hubiesen encontrado sus dos artífices –Laura Siles, Laurita, como dice ella misma, y Joseba Edesa–, y no hubiesen decidido ligar sus vidas y sus pasiones: el arte y la tradición pastoril.

“Yo vengo del mundo de la creación –cuenta Laurita–. Estoy doctorada en Bellas Artes y Joseba viene de familia de pastores, muchas generaciones atrás (una de sus abuelas era una quesera famosa en el valle); su padre siempre ha mantenido ovejas aunque emigró a la ciudad, Joseba lo define como un “pastor perdido en la ciudad”.

Ella ha vivido a medio camino entre Marbella y Tánger; él, arraigado en el valle de Carranza como profesor de educación física. Laurita defiende que Mutur Beltz se mueve entre dos realidades, “pendula de un lado a otro, para cuestionar dicotomías entre lo rural y lo urbano, primitivo-civilizado, iletrado-ilustrado, arte-artesanía, para crear nuevas ruralidades”.

Estos dos mundos se encuentran y empiezan a caminar juntos. Laura “estaba inmersa en una tesis doctoral en la Universidad del País Vasco que trataba del uso del folclore en el arte contemporáneo”, y utilizaba artefactos como la bicicleta para hacer performance. A través de Joseba conoce el problema que tienen los ganaderos de ovinos con la lana y pasa una temporada en Islandia, con una beca de estudio, donde aprende a hilar. “La lana en Islandia está viva; se me vino todo el imaginario de la rueca de hilar: la Bella Durmiente, Gandhi... y de ahí surgió construir una bicicleta para cardar y otra para hilar”, primer germe de lo que luego será su proyecto.

“Con todo este mezúne de cosas acabo concluyendo mi tesis diciendo que se acaba esta forma de vida y empieza otra, que es Mutur Beltz, porque quiero contribuir al mundo del pastoreo y la lana”. De ahí surge la [Residencia Artística del Buen Vivir](#), un espacio de encuentro que se celebra cada año y donde llegan artistas a convivir con los pastores del valle; gente de muy diferentes ámbitos que vienen, se empapan del entorno y producen un proyecto. Después se hace una comida de artistas y pastores con un menú degustación a base de carne de oveja de la zona; “se innova cada año contribuyendo al patrimonio culinario del valle”.

Tras la reflexión, cada encuentro se materializa en publicaciones y exposiciones tanto en Carranza como en la



Joseba Edesa y ovejas carranzanas, los otros dos pilares de Mutur Beltz.



Laurita Siles en su taller, con alguna de sus creaciones.

ciudad. En los dos últimos años han expuesto en la sala de exposiciones de la Facultad de Bellas Artes para un público de estudiantes y profesores.

### COLECTIVIZAR EL PROBLEMA DE LA LANA

Otra parte de su proyecto emerge tras un encuentro con distintas propuestas de recuperación de razas autóctonas ganaderas, de donde llegaron convencidos de que “teníamos que colectivizar el problema de la lana en Carranza”. Al año siguiente, “recogimos la lana de unos 15 pastores del valle; les pagamos un euro por oveja, del dinero que sacamos de las acciones culturales”.

La oveja carranzana “está en peligro de extinción porque no hay una economía detrás: todos los pastores tienen también otro trabajo, son rebaños muy pequeños y mantienen las ovejas porque las han tenido siempre, de generación en generación, y no quieren perderlo”, asegura Laurita.

Con estas bases, inician un largo camino de aprendizaje, desde dónde y cómo lavar la lana de una raza que nunca había sido apreciada por la calidad de su vellón hasta cómo tratarla, o la creación de piezas y posibles usos para esta materia prima. Es a base de mucho trabajo, que empieza con el esquilado, entre mayo y junio; días de recogida de la lana que son momentos para mantener vivas las tradiciones del valle: “Hay una práctica, que solemos mantener, que en euskera se llama auzolan y significa trabajo vecinal; cuando uno esquila, vamos todos a ayudar y se hace una comida. Esto es un patrimonio cultural que no queremos que se pierda”.

Tras su lavado, la lana se trabaja en máquinas de principios del siglo xx que “se consideran obsoletas. El mundo se moderniza enfocado a lo sintético pero las materias primas locales necesitan otro ritmo”, defiende Laura.

Esta lana hoy tiene múltiples aplicaciones, tanto en la industria de la moda como en otros ámbitos: desde un tapiz de 40 metros para el escenario del festival BBK Live y colaboraciones con el restaurante de alta cocina Mugaritz a lana hilada para labores, chaquetas o zapatos; o lana que “hemos conseguido llevar al deporte”, añade, ya que con ella se elaboran las pelotas que se utilizan para el juego de pelota vasca. Muchos de sus productos acabados se venden a través de su [tienda online](#) donde reciben pedidos nacionales y ya están pensado en abrirse a otros países.

Toda esta actividad ha estado jalonada de varios reconocimientos, el último de ellos hace solo un mes: el galardón obtenido en los [pasados premios Aria europeos](#), en la categoría Tejido Socioeconómico de Zonas Rurales (ver sección *Noticias* de esta misma revista).

Ahora toca parar y recapitular: Mutur Beltz cumple diez años y es el momento de hacer balance en un próximo encuentro con diferentes agentes, artistas y pensadores que han pasado por la Residencia. “Vamos a repensar el proyecto, por un lado, qué ha pasado en estos diez años; y por otro, qué queremos hacer. Ha sido mucho trabajo y no queremos quemarnos. Detrás de cualquier proyecto emprendedor pequeño siempre hay mucho sacrificio”, concluye. ■



Sus creaciones, que han llegado al BBK Live o el restaurante Mugaritz, incluyen publicaciones, bolsos, abrigos, zapatos e, incluso, pelota vasca.